

# Irán, la revuelta que no cede

CARLOS NADAL

LA VANGUARDIA, 21.06.09

"No cederé a la calle". Es la respuesta del ayatolá Jamenei a varios días de manifestaciones de protesta en la calles de Teherán y otras ciudades iraníes. En el curso de la plegaria del viernes se pronunció en contra claramente, decididamente. Es el dictamen del guía supremo de la Revolución Islámica, heredero del poder espiritual del ayatolá Jomeini, máxima autoridad predemocrática del régimen teocrático. Inapelable. Casi la palabra de Dios. Podría, tal vez debería haber hablado como árbitro superior, hacerlo desde su situación de estar sobre facciones y partes. Pero no: ha tomado parte entre las partes. Integrista y radical contra los partidarios de reformas. Peor: ha hablado de enemigos movidos por perversas tramas exteriores. Y se trata de centenares de miles, de millones de ciudadanos iraníes. En gran parte, de los sectores más representativos de un Irán que suma ya la mayoría demográfica: jóvenes, mujeres. Y también la población más dinámica y renovadora: el Irán del futuro.

Las palabras del guía supremo confirman que hay dos Iranes: Por una parte el que exige una evolución, ponerse al día, romper la rigidez dogmática, abrirse al exterior, acabar con los métodos opresivos. Por otra parte, el Irán de la clerecía chií más cerrada, del autoritarismo sin apelación posible, del acoso a la libertad hasta en la intimidad de las conciencias, la privacidad de las costumbres, las relaciones entre sexos, la condición y derechos de la mujer. Y el ayatolá Jamenei, el guía supremo ha apostado por el segundo Irán.

Ha sido un apoyo total a Ahmadineyad. Y, al mismo tiempo, un ataque contra el sector moderado o reformista del régimen. Una revancha personal y política en la lucha, sorda o manifiesta, frente a rivales de la misma casta sacerdotal dominante, los Rafsanyani o Jatami. Algo que viene de lejos. De los días mismos de la sucesión de Jomeini. Cuando Jamenei no contaba precisamente entre los más cualificados para obtenerla.

Desde el círculo hermético del guía supremo se toleraron toda suerte de obstáculos y tropelías cuando el ayatolá Jatami fue presidente y pretendió realizar un suave reformismo. En cambio, a Ahmadineyad se le ha dejado que tire de las riendas del poder con acusado personalismo populista, lenguaje de simplista radicalidad y maneras totalitarias. Todo, apelando al favor de las clases rurales y de los suburbios urbanos mientras la pobreza, el paro y el encarecimiento de la vida han alcanzado desmedidos porcentajes. Con este proceder se alinea ahora abiertamente Jamenei. Y, con su venia, Ahmadineyad recibe un espaldarazo valioso.

El complejo sistema del régimen, la diversidad de sus filtros y contrapoderes muestra así su última y verdadera realidad. ¿Qué cabe esperar, ahora? Los reformistas no se rinden. La manifestación de ayer sábado, multitudinaria, fue la valiente respuesta a la homilía amenazadora de Jamenei, que ya no aparece como el guía supremo de todos. Y Musavi no da su brazo a torcer sobre que en las elecciones del día 12 hubo fraude. Los choques violentos de la jornada de ayer introducen un alarmante desarreglo en el régimen fundamentalista que puede derivar hacia una masiva represión si Jamenei y Ahmadineyad utilizan a fondo a los guardianes de la revolución, los Basiji, y, no digamos, el ejército.

¿Frente a esto, podrá tenerse en pie la disidencia multitudinaria, la oposición de los clérigos reformistas, manteniendo al país en el filo de la discordia y la lucha civil? En todo caso se hace patente que el presidente Ahmadineyad en sus provocaciones internacionales, en sus bravatas verbales, en la rigidez opresiva de su política interior no tiene detrás a un país unánime y en bloque sino profundamente dividido y, en crecida proporción, contrario a un liderazgo que concita el oprobio y la indignación.

Y, por su parte, el ayatolá Jamenei ha perdido, si todavía los tenía, sus supuestos créditos de alta autoridad moral. No aparece como guía supremo del país, como garantía máxima de la Revolución Islámica, sino como cabeza de la facción más radical, integrista y abusiva de la misma. Impedimento para una evolución fructífera. Con él la revolución pierde su nutriente más propio. Envejece. Se le escapa la capacidad dialéctica con respecto a la parte más dinámica de la ciudadanía. Se enroca en el rigor de los principios, en la invocación del enemigo exterior y la denuncia de derrotistas y malintencionados del interior. Ahmadineyad ha dicho: "Irán es un país totalmente libre en el que se respeta la ley y todos somos iguales ante ella". El descaro, la magnitud de esta falacia delatan la ralea de quien la dice. Es la mentira, la mentira sistemática, utilizada siempre como instrumento contra la libertad. ¿Será lamentablemente en vano el valor mostrado por tantos miles de iraníes a favor de la verdad?